



# UNISCI Discussion Papers

## CRÍTICA DE LIBROS:

Serra i Massansalvador, Francesc (2005):  
*Rusia: la otra potencia europea*. Barcelona, Fundació CIDOB.  
ISBN 84-87072-51-8. 351 pp.

**AUTOR:<sup>1</sup>**

**JAVIER MORALES**  
**UNISCI / Universidad Complutense de Madrid**

La obra que nos ocupa es fruto de la tesis doctoral del Prof. Francesc Serra, de la Universitat Autònoma de Barcelona, quien con sus anteriores publicaciones sobre Rusia ha sido, en los últimos años, uno de los protagonistas de la progresiva configuración de una comunidad española de estudiosos sobre ese país.<sup>2</sup> La idea central del libro es que ha existido una retroalimentación entre los procesos paralelos de consolidación de la Federación Rusa como Estado sucesor de la URSS, por un lado, y de evolución de la Unión Europea desde un carácter meramente económico hasta convertirse en uno de los principales actores políticos en el ámbito internacional. Esto constituye un tema de destacada actualidad en el panorama académico de las Relaciones Internacionales, como ejemplifican las publicaciones que reseñamos en el número anterior de esta revista.<sup>3</sup>

El profesor Serra se plantea explicar cómo se ha desarrollado la problemática adaptación de Rusia a su nuevo papel de “Estado normal”, una vez perdidas tanto su condición de superpotencia como de metrópoli de su imperio euroasiático. Pero estas contradicciones entre las aspiraciones rusas y sus posibilidades reales se producen no sólo en cuanto a la superación del pasado, sino también —a diferencia de lo ocurrido con otros países del antiguo bloque soviético— en la ausencia de un referente externo, la Unión Europea, hacia el que orientar su política exterior con la esperanza de una futura adhesión.

Uno de los puntos más notables del libro es el análisis que realiza el autor acerca de los atributos que caracterizan a una “potencia” en el sistema internacional. En el caso de Rusia,

<sup>1</sup> Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores. Estos artículos no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors. These articles do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

<sup>2</sup> Véase por ejemplo Serra Massansalvador, Francesc: “Diez años de la nueva Rusia”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 59 (octubre/noviembre 2002), pp. 13-32; “Rusia ante la ampliación de la Unión Europea”, en Flores Juberías, Carlos (coord.): *Actas del III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental*, vol. II, *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, nº 43-44 (primavera/verano 2003), pp. 79-91; “El triángulo septentrional: las relaciones entre Estados Unidos, la UE y Rusia. Una complementariedad flexible y compleja”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 69 (2005), pp. 21-38.

<sup>3</sup> Morales Hernández, Javier: “Crítica de libros: Antonenko, Oksana y Pinnick, Kathryn (eds.) (2005): *Russia and the European Union*, Londres / Nueva York, Routledge; Johnson, Debra y Robinson, Paul (eds.) (2005): *Perspectives on EU-Russia Relations*, Londres / Nueva York, Routledge”, *UNISCI Discussion Papers*, nº 9 (octubre 2005), en <http://www.ucm.es/info/unisci>.



pese a haber perdido gran parte de los mismos —especialmente, los relacionados con el *soft power*, como el poderío económico<sup>4</sup> o la influencia cultural—, factores como su población o su inmensa extensión en dos continentes se han visto, en conjunto, escasamente reducidos pese a las pérdidas representadas por la independencia de las demás repúblicas ex-soviéticas. A esto se añade la pervivencia de un elemento tradicional de *hard power* como es la posesión de fuerzas nucleares estratégicas; esta capacidad disuasoria compensa en cierto modo la debilidad de las fuerzas armadas convencionales, inmersas en un complicado proceso de reforma y modernización. Todo ello implica que, aún en un sistema unipolar como el presente, Rusia continúe siendo uno de los actores con los que es necesario contar en la escena internacional.

Este carácter de potencia euroasiática post-imperial hace necesariamente asimétrica la relación de Rusia con la UE, la cual no está preparada ni política ni institucionalmente para absorber un territorio mayor que el de sus veinticinco miembros actuales. No podemos olvidar tampoco la cuestión menos tangible, pero no por ello menos trascendente, del debate sobre la compatibilidad rusa con la identidad europea, similar al que está teniendo lugar en relación con Turquía.<sup>5</sup> Aunque una parte considerable del país, la situada al oeste de los montes Urales, pertenece geográficamente a Europa, el peso de una historia de aislamiento —en la que reformistas como Pedro *el Grande* fueron más la excepción que la regla— y de la división en bloques durante la Guerra Fría ha dado lugar a un sistema político y social con características propias, que no coinciden en muchos casos con las de los Estados del extremo occidental del continente.

Otra de las limitaciones consiste en que —como indica Serra— para Rusia la relación va a ser siempre tácitamente triangular: el acercamiento de Moscú a la UE estará determinado por las relaciones con Washington, dando prioridad a unas u otra de acuerdo con el tema de que se trate o con las mayores posibilidades de obtener beneficios. Así, la cooperación con EE.UU. tras el 11-S dejó en un segundo plano la vertiente europea de la política exterior rusa; lo cual se invertiría más tarde con ocasión de la guerra de Irak, ante la cual Rusia sumó sus esfuerzos a los de Francia y Alemania en contra de la intervención estadounidense.

Sin embargo, ninguna de estas circunstancias ha dado lugar a un escenario de conflicto abierto entre Rusia y la UE: tanto las diferencias como los puntos de acuerdo se han mantenido limitados a cada uno de los sectores de la relación bilateral, la cual no ha sido cuestionada como tal por ninguna de las dos partes, ya que ambas se necesitan mutuamente. En el ámbito económico, mientras que la UE se beneficia del suministro de materias primas, la economía rusa crece como resultado de las exportaciones a Europa. En el ámbito de la seguridad, la necesidad de cooperación frente a amenazas comunes como el terrorismo —y los problemas que ya afronta Moscú en el Cáucaso norte— convierten en irracional una escalada hasta el uso de la fuerza como medio de resolver los desacuerdos entre ambas. En el ámbito político, tanto Rusia como la UE se benefician respectivamente del mantenimiento de la estabilidad en sus respectivos territorios, así como de la posibilidad de actuaciones puntuales conjuntas —con todas las limitaciones que hemos señalado— en política exterior.

---

<sup>4</sup> Con la excepción de su papel como exportador de materias primas, principalmente recursos energéticos como el petróleo y el gas natural. La importancia de los mismos como instrumento de la influencia política ha quedado demostrada recientemente con la “crisis del gas” con Ucrania a principios de 2006. No obstante, esta capacidad por sí sola no basta para otorgar a Rusia la condición de “potencia mundial”, por la existencia de suministradores alternativos y la dependencia de los precios del mercado mundial de la energía. La dependencia del crecimiento actual de la economía rusa respecto de las exportaciones de petróleo hace temer que se produzca una crisis si en el futuro se reducen los ingresos por este concepto.

<sup>5</sup> Véase el artículo de Pilar Balet en este mismo número.



Pero este pragmatismo, si bien es posiblemente el instrumento más útil a corto y medio plazo, depende no obstante del mantenimiento de las actuales circunstancias, en las que tanto la identidad de la Unión como la de la propia Rusia se encuentran aún en fase de redefinición. Una vez consolidadas ambas, parece lógico suponer que no tardarían en aflorar las contradicciones antes mencionadas, que serían más difíciles de obviar que en el momento presente. ¿Podría una UE con una voz exterior coherente hacer caso omiso de la consolidación de un régimen progresivamente autoritario en Rusia? Y al mismo tiempo, ¿cómo reaccionaría Moscú de tener una mayor independencia económica frente a lo que considera interferencias de Bruselas en el espacio postsoviético, caso del apoyo a la *revolución naranja* ucraniana?

No cabe duda de que Rusia sigue siendo pese a todo “la otra potencia europea”, como indica el título del libro. Cómo convivir con ella, definiendo un marco de relaciones aceptable para todos que garantice la necesaria estabilidad independientemente de los cambios políticos y económicos, será en cualquier caso uno de los principales desafíos que deberá afrontar la UE en las próximas décadas.